

provisionales primero, luego definitivas, todas significativas del «espíritu nuevo» que poco a poco venía informándolas: Fue suspendido y en seguida prohibido el expendio del AJENJO!

La «muerte verde» no es sino un recuerdo! La venta de bebidas alcohólicas fue después objeto de restricciones importantes.

Hoy, el caso reviste un carácter más serio todavía, porque la ley va directamente contra los que SE EMBRIAGAN, contra los BORRACHOS CONSUETUDINARIOS y contra los estancieros que inducen a los primeros en la tentación.

El proyecto es ley de la República Francesa, que se cumpla y se obedezca!

Al que se emborrache por segunda y tercera vez, se le castiga con rigurosa cárcel. Más, el Juez puede ordenar la clausura del estanco en que fué cometido el delito. Objetó un diputado de la izquierda extrema que una ley tan enérgica violentaba la libertad del comercio; sin embargo, la modificación que proponía fue rechazada por una mayoría aplastante como aquí se dice.

Y no es todo tampoco, el Juez puede hasta privar al borracho incorregible del DERECHO A VOTAR. ¡qué medida más acertada para moralizar las elecciones!

No acabaré sin apuntar algo nuevo también. Las tiendas de licores no pocas veces sirven para otros fines.... inmorales. El Juez con solo aplicar la ley que nos ocupa cortará el mal de raíz.

Esta ley votada en silencio y promulgada sin que la precediera el retumbante bando de la Prensa ¿qué significa? ¿es mal síntoma? antes, prueba que la decisión del Parlamento, la aguardaba el pueblo Francés que la recibió como

medida normal y necesaria y contra la cual no se atrevió a decir nada el insignificante puñado de individuos que le eran contrarios.

FRANCISCO VEUILLOT

—SE HA PERDIDO en el trayecto de Villavieja a La Vanguardia, una mochila con \$280,00 oro. Albricias generosas para el que los hallare.

ECOS del Centenario

Palabras del Dr. Arturo Tapias Pilonieta

Señor Intendente, señoras, señores

La Junta encargada de celebrar el centenario de Policarpo Salabarría, ha querido, de manera tan bondadosa como espontánea, que yo, el menos autorizado para ello, lleve la palabra en este acto, en que recordamos uno de los días más gloriosos para la vida de la República y para la historia de la Libertad; no me he atrevido a exusarme de aceptar tan señalada distinción, no obstante considerar su desempeño azaroso, difícil, para quien como el que habla, tiene todas las horas embargadas en la diaria labor y vive habitualmente apartado de las disciplinas literarias.

Homenajes como el que rendimos en estos momentos, a una de las más sublimes heroínas de los fastos hispano-americanos, son testimonio evidente de admiración y gratitud de un pueblo libre a los legendarios varones que en la pasada centuria ofendieron hasta la vida, en aras de la Patria, convirtiéndose así en los progenitores de nuestra Libertad.

Los hechos neróticos y gloriosos de nuestros antepasados, transmitidos al través de los tiempos de generación en generación, llegan a formar al cabo de los siglos el verdadero Evangelio de la Patria, cuyas leyendas hacen germinar un culto en la

conciencia de los pueblos, fervido sentimiento que les hace comprender cuán grandiosa es la existencia de las víctimas. Este hermoso simbolismo cuyo objeto es la Patria y que se alberga en lo más hondo de las humanas agrupaciones, tiene también, a la manera de la Sagrada Ley Antigua, preceptos imperiosos al patriotismo de los hombres, entre los cuales está el mandato que nos obliga honrar a nuestros Héroes, a los hijos epónimos de la Libertad.

Por eso Colombia dedica las fechas clásicas y centenarias de su historia a tributar reconocimientos y alabanzas a los Padres de la República; a quienes nos dieron la libre voluntad Nacional de que gozamos; a quienes nos enseñaron que por encima de la vida está la dignidad humana; a quienes desgarrando el vientre de la esclavitud en que yacíamos sumergidos por tres lustros, nos hicieron percibir los luminosos destellos de la existencia.

Pero las Naciones como los individuos solo pueden dar de lo que poseen, y por eso, al par que varios de nuestros compañeros de lucha, los pueblos de Colón, rememoran y festejan el ocaso de su antigua servidumbre desde más allá de la mitad del sendero que conduce a la cima de sus destinos y completa el primer ciclo de su progreso, nosotros en la marcha ascensional que les toca recorrer a las Naciones, sólo vamos saliendo del período caótico de las conmociones producidas al choque de las pasiones rastreras de la política, y tan solo podemos ofender a la memoria de los mártires de nuestra causa, la gratitud y el reconocimiento.

Las concepciones ideológico-políticas que, después de una gestación prolongada por varias edades, culminaron al atardecer del siglo XVIII en la erupción de fuego de la Revolución francesa que sepultó bajo su lava calcinante las prácticas y resabios de las viejas civilizaciones de Occidente, formaron un foco esplendente cuyas irradiaciones lumino-

a uno de los muchachos de la comparsa, seguí de vacío y arrastrando el cabestro de *fique*, que mi jinete, por negligencia, no había recogido ni me había atado al cuello, como debía haberlo hecho. Cerró la noche, y yo espantado con el estruendo de un torrente que las aguas habían formado en cierto punto del camino, me extravié un poco, y, al dar un rodeo para volver a tomar la senda que seguían mis compañeros, hice que el lazo que iba arrastrando se enredase en un espino seco, a bastante distancia del sendero y me dejase en incapacidad de seguir caminando; tiré con todas mis fuerzas, pero con ello solo conseguí apretar más las lazadas que me sujetaban. Relinché entonces a todo relinchar, pero la recua iba ya muy arriba y nadie oyó aquellas voces con que yo pedía socorro. Velé toda aquella aciaga noche y pasé el día siguiente echándome unos ratos para des-

cansar, y moviéndome otros en diferentes direcciones para ver de conseguir mi libertad. Al anochecer del otro día, sentí con inefable delicia que unos traseantes que habían debido oírme relinchar se me acercaban. Eran unos mozos que, no siendo de la Calera, no podían conocerme. Uno de ellos, que habría sospechado por qué estaba yo allí, fué a desatarme, pero sus compañeros se lo estorbaban diciéndole que mi dueño me había, sin duda, atado a aquella mata mientras iba a hacer alguna cosa en las cercanías, y que en todo caso era mejor no meterse con lo ajeno, no fuera que luego recayeran sobre ellos sospechas de haber intentado robarme. Renuncié a pintar el amargo desconsuelo con que vi alejarse a los que ya yo había bendecido como salvadores, así como los tormentos que el hambre, la sed y la impaciencia me hicieron experimentar en dos noches y un día

FOLLETON DE «ECO DE ORIENTE» 14

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO IV

Merengue continúa su historia

Tres o cuatro años haría que yo estaba acarreado leña, carbón y carboneros, cuando acaeció el suceso que vino a decidir de mi destino. Ibamos cierto día todos los de la recua, camino de la Calera, cuando, antes que tomásemos la cuesta, sobrevino, acompañado de furiosa tempestad, el aguacero más copioso que en aquellos lugares se ha visto, y nuestros dueños se guarecieron en las casas que hallaron más a la mano; ya casi había anochecido cuando continuamos el viaje, y yo, que había traído a lomo